## LOS ECOS DE LA LUZ
*(la elocuencia cromática)*

Mientras en su propio estudio me comentaba Manuel Pérez Molina, una a una, las piezas que reune la presente exposición, sus palabras dejaban traslucir las reflexiones y convicciones que, a fin de cuentas, informan, conforman y dan sentido a una obra cuya calidad se hace evidente al primer golpe de vista.

En opinión de Pérez Molina, el pintor, y en general todo artista, es el resultado de la interacción de su aptitud (con "p") y su actitud (con "c").

La primera viene dada por una sensibilidad y unas cualidades innatas que permiten al artista advertir aspectos inusuales en lo que, para los demás, es habitual, trivial o cotidiano. De ella se vale el pintor para captar, intuir, sentir, sintetizar, y elaborar.

Por su parte, la actitud estriba en el tenaz cultivo de esa sensibilidad congénita y en la progresiva e incesante adquisición de un bagaje técnico que le permita vehiculizar el mensaje estético y hacerlo resonar, por mágica sintonía, en las fibras sensibles del alma del espectador.

El diálogo y la recíproca influencia entre la sensibilidad y la técnica dan lugar a un círculo virtuoso, siempre "in crescendo" del que nace y se desarrolla el personal estilo de un artista. Lograr que ese estilo sea inconfundible es el sueño dorado de todo pintor.

Pues bien, ese sueño supo hacerlo realidad Pérez Molina desde hace casi tantos años como los que tiene.

Su técnica prodigiosa consigue enseñarnos, casi palpables, al aire, a la atmósfera, al clima y hasta el momento del día, y tanto si el tema es un monumento, un paisaje, una situación, un personaje, o, simplemente, un árbol, la potente personalidad de Pérez Molina está presente en la obra, gracias a lo que él llama "los ecos de la luz", tras de los cuales es fácil constatar un depurado y exquisito tratamiento de los infinitos tonos y matices que nos ofrece la luz al reflejarse en cuanto nos rodea.

Las obras de Manuel Pérez Molina se dirigen, interpelan y hablan directamente al área de las emociones de quien se coloca ante ellas para admirarlas con sosiego.

Y el espectador sensible no tarda en comprobarlo.

Miguel Aparicio

"...que no hay en el mundo nada
como la pena de ser ciego en Granada"

Trágica resulta la privación de la vista, más aún cuando con ella se pierde la contemplación de la belleza que atesora Granada, a la que Icaza aludía en sus conocidos versos. Es Granada un mar de sensaciones, desde la albura inmaculada de sus cumbres nevadas, hasta el inacabable tapiz verde de su vega. Es bella en su entorno y es bella en su interior: hermoso palacios, recoletos callejones, la Alhambra, joya inigualable; el Albayzin, dédalo de blancas callejas. La vista puede derramarse por doquier con la seguridad de encontrar siempre un bello rincón en el que reposar.

A ese océano inagotable de belleza se ha asomado Manuel Pérez –Manolo, como firma sus trabajos desde su adolescencia en la Escuela de Artes y Oficios granadina–. Ha fijado su vista con los ojos de la cara y, lo que es más importante, con los ojos del alma.

Se ha enfrentado sin temor al reto de la exposición que hoy contempla el visitante, y ha logrado un universo de formas lleno de luz y de color, formas que ha pintado rápidamente, con avidez, aprovechando el instante, plasmando la sensación.

De su paleta rica ha salido esta hermosa muestra en donde conviven los grandiosos paisajes de la Alhambra o de la Vega, con las modestas callejas cuya belleza sólo es capaz de percibir la mirada de una artista. En todas ellas ha sido generoso con el color, cuya sabia combinación le ha llevado a captar aromas, colores, sonidos y silencios –pienso que el silencio también se pinta– de la Granada sin par.

He dicho antes que Manolo pinta con rapidez, que no es sinónimo de desaliño o falta de atención. La rapidez en él es una necesidad nacida del deseo de arrancar del modelo la más viva impresión producida por un destello o un reflejo que no volverán jamás. Lo he visto pintar y he observado la exactitud de sus múltiples pinceladas; le he visto hacer innegables ejercicios de técnica pictórica tocada indiscutiblemente por la gracia del arte.

Luz, color y arte innato son las armas de las que Manuel Pérez, se ha valido para dar cima a la importante obra que hoy ofrece; una obra que mañana puede ser diferente porque este artista investido del don del arte, no olvida el trabajo, la investigación y el esfuerzo. Sus propios hijos han percibido su evolución en pro del color y de la forma. Estamos ante un artista inspirado al que la inspiración le sorprende trabajando.

Al día de hoy ésta que ves, amigo espectador, es la obra de Manolo, tributo inigualable a Granada la bella.

Miguel Navarro Gámez
*Ldo. en Derecho. Miembro del Instituto de Estudios Almerienses*

Después de cuarenta y ocho años desde que hizo su primera exposición individual, Manuel Pérez Molina presenta una muy amplia muestra de su reciente obra que sumerge al visitante en un prodigioso universo de luz y color. Universo reducido a paisajes en su inmensa mayoría de Granada. Paisajes urbanos, otros naturales y otros en los que se funde lo urbano con el medio que lo envuelve, como no podía ser menos cuando se trata de Granada, una ciudad en la que Sierra Nevada o la Vega son constituyentes de su paisaje desde cualquiera de sus calles o plazas en las que, dada su cualidad de retratista, incluye el elemento humano para recrear de una forma completa su verdadero ambiente y esencia. Y todo ello con un sello característico que da a su obra una personalidad original.

Imposible no destacar las composiciones de varios cuadros que envuelven a quien los observa en su creación artística y en el escenario revivido e interpretado por el autor.

En fin, arte pictórico y granadinismo ineludible para quien contemple esta magnífica muestra.

José Morenodávila

# LA GRANADA ROMÁNTICA DE PÉREZ MOLINA

Granada pone la base y Manuel Pérez Molina la altura. El paisaje romántico granadino, que tantos ilustres viajeros han inmortalizado con sus pinceles, vuelve hoy en toda su pureza de la mano maestra de nuestro paisano. Paisajes cargados de historia, la Alhambra, la Vega, el Albaicín, la Alpujarra; las aguas, nuestras calles, las fuentes, las plazas se llenan de vida, nos enamoran con su color, nos envuelven con sus luces, nos engañan con su bien conseguida perspectiva y con las nieblas cómplices de sus fondos. Paseando por la Plaza Larga, bajando la Cuesta de los Chinos, admirando el valle del Darro, se mezclan paisaje y paisanaje porque no le faltan granadinos que son protagonistas indirectos de sus cuadros. Hombres y mujeres se mezclan sutilmente en algunos de sus temas paisajísticos y dejan para la posteridad el testimonio histórico de sus indumentarias, enseres y abalorios, como un día hicieran Roberts, Lewis o Girault de Prangey. En la Plaza Nueva hierve la ciudad; en la Sierra hay grandeza; en los Arrayanes, sosiego; en las fuentes de Daraxa, romanticismo. Y todo bajo una muy bien estudiada pincelada de alto contenido impresionista.

José Luis Delgado López
*Granada. 2010.*

La dedicación a las artes plásticas, concretamente a la pintura, constituye una forma de realización personal, en la que determinamos como reflejamos nuestra propia forma de ser y ver. El conjunto de la producción de un artista figurativo, con sus diferentes miradas en imágenes de temas cotidianos y distintos, constituye coherentemente sus autorreferencias personales más sensoriales y vitales.

Manuel Pérez Molina, compañero y amigo desde hace tanto tiempo, expresa y muestra así en sus múltiples trabajos, desde la figuración, variados y muy reiterados temas en los que es protagonista nuestra ciudad, Granada, y sus entornos. Destaca como en sus obras la elaboración e interpretación para su resolución formal está determinada preferentemente por una acentuada luminosidad, en impresiones y efectos con que concentra observaciones casi simbólicas. Las miradas a veces reiteradas en polípticos, como secuencias de imágenes en que recorre las amplias perspectivas de nuestros paisajes, casi reiteraciones armónicas de las muy esplendorosas vistas de estos señalados miradores. Se impone así una relación poética personal en el contexto cotidiano vital, que siempre queda dominado por la claridad más intensa y difusa.

Desde la Alhambra, constituida siempre en símbolo señero, las calles y monumentos más relevantes, deteniéndose en íntimos rincones, este "paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos", como expresaba nuestro gran poeta barroco Soto de Rojas, le permite escoger los recorridos o detalles más conceptuales. Casi vacios, y solo en casos concretos con personajes que sólo en contadas ocasiones inserta como referencias a veces casi fantasmagóricas, en estos lugares o espacios urbanos concretos, como esencias vitales.

Siempre con luz constante que da vida y anima, con fantasía, a los fenómenos perceptivos más cotidianos que el pintor recoge como deslumbramientos, desde los intensos celajes a las vegetaciones, tierras o elementos constructivos de los paisajes, en que estos elementos, como los árboles, se simplifican o interpretan en relación con el aire, impregnando de claridad y dando vida a los edificios, diluyendo sus tridimensionales formas simplificadas e intensificadas con sombras coloristas, perdidas en fondos que son intervenciones que difuminan los elementos, pálidos de ensoñaciones. Miradas en las que las percepciones del pintor artista observa y recrea, nos transmite con muy personal estilo su nuestra en Granada, a la que pone en escena de forma tan sencilla como emotiva, como destellos múltiples sus reiteradas percepciones, tan distintas, las que en numerosas secuencias variadas plasma en sus cuadros un intenso empeño; trabajos que muestran siempre su fascinación acusada por plasmar sobre los lienzos, mediante pigmentos y color, comunes y oníricas reflexiones y observaciones.

Son aspectos muy visionarios que rehúyen de la sofisticación, sin artificios ni falsas construcciones, recogiendo los rasgos más acusados e inmediatos, trasciende así por su audidactismo en creativas evidencias, y analiza mediante una lectura simple que expresa sus experiencias. Sin hermetismo, expresa su concepción con vivos colores, como no fácil labor con que materializa su arte.

En imaginación sencilla en apariencia, pero con elaboración intensa que transciende de las primeras percepciones, se fascina transmitiéndonos imágenes que enriquecen composiciones, cuyo conjunto es esta Granada que vivimos, a la que da su sentido y pone en expresión con su sensibilidad personal.

José Miguel Castillo Higueras, *Granada septiembre de 2010*